

Dios ha muerto

*Homilía en la celebración de la Pasión del Señor. Iglesia Catedral,
10 de abril de 2009*

La conmemoración que hoy hacemos de la Pasión del Señor tiene un origen lejanísimo, que se remonta probablemente a los tiempos apostólicos. Los primeros rastros que se encuentran en la historia de la liturgia cristiana se refieren al ayuno, que se extendía durante el viernes y el sábado, en preparación de la vigilia nocturna de la Pascua. Es posible que todos los viernes del año los fieles recordaran la muerte de Jesús mediante el ayuno y la contemplación; era natural que el gran viernes, el Viernes Santo, fuera adquiriendo un relieve especial con la incorporación de diversos contenidos celebrativos. Nuestra celebración de hoy conserva el eco de aquellas reuniones de los primeros siglos, de carácter alitúrgico, porque no tenía lugar en ellas el rito de la Eucaristía. Es seguro que en Roma, en el siglo VI, se conmemoraba la entrega del Señor a la muerte mediante una liturgia de la palabra con lecturas, plegarias y cantos. Los textos bíblicos que entonces se leían están identificados: perduraron invariables durante mil cuatrocientos años, hasta la reforma que siguió al último Concilio. Eran un pasaje de la profecía de Oseas en el que se veía un anuncio de la muerte y resurrección de Cristo y otro del libro del Éxodo donde se narraba la institución de la pascua judía mediante el sacrificio y la sangre del cordero. Desde mucho antes, la Pasión según San Juan era el Evangelio proclamado en este día. Sabemos también que en el siglo VII se adoptó en Roma –según el modelo de lo que se practicaba en Jerusalén– la veneración de la cruz; por la misma época se añadió una celebración de la comunión en la cual se distribuían las hostias consagradas el día anterior. Las solemnes plegarias de intercesión, que aún hoy concluyen la liturgia de la palabra, mantienen su tenor originario, característico del rito romano.

Estos datos históricos muestran que en la Iglesia latina la celebración del Viernes Santo se verificó siempre en un clima de profundo recogimiento, de sobriedad y silencio. Signos de despojo para recordar el día de la muerte de Dios. La expresión *Dios ha muerto* ha sido proferida como manifestación de ateísmo y con intención blasfema, pero tiene un sentido perfectamente ortodoxo y nos acerca al misterio cristiano de la redención. ¿Por qué podemos decir, como una expresión de nuestra fe, que Dios gustó la amargura de la muerte, que estuvo muerto? Obviamente, no afirmamos que haya sido aniquilada la naturaleza divina, que haya perecido la divinidad. Podemos decir que Dios sufrió la muerte porque creemos en la encarnación del Hijo eterno del Padre, de la segunda persona de la Santísima Trinidad. La única persona de

Jesucristo, Hijo de Dios y de María, subsiste en las dos naturalezas, la humana y la divina; él mismo es verdadero Dios y verdadero hombre. El misterio de la encarnación funda una lógica, una manera de pensar y de hablar. Puedo decir, por ejemplo: este hombre, Jesús, es eterno, es todopoderoso, es Dios, existía antes que Abraham. El mismo Jesús dijo, para escándalo de los judíos que no creían en él: *Les aseguro que desde antes que naciera Abraham, Yo Soy* (Jn. 8, 58). En este caso le estoy atribuyendo al único sujeto, a la única persona de Cristo, las propiedades de la naturaleza divina. Pero también puedo decir: Dios, el Verbo que se hizo carne, es hombre; Dios nació de la Virgen, y por tanto, María puede ser llamada no sólo Madre de Cristo, sino también Madre de Dios. Es correcto, entonces, es católico, decir: uno de la Trinidad padeció en la cruz; Dios reinó desde un madero, Dios ha muerto. Este lenguaje de la comunicación de propiedades nos permite asomarnos al misterio de Cristo, nos deja atisbar y admirar la profundidad de lo que ocurrió aquel primer Viernes Santo.

Porque es personalmente Dios el que murió en la cruz, su muerte fue muerte de la muerte, ruina del infierno (cf. Os. 13, 14). En la Carta a los hebreos leemos que el Hijo de Dios asumió la condición humana *para reducir a la impotencia, mediante su muerte, a aquel que tenía el dominio de la muerte, es decir, al demonio, y liberar de este modo a todos los que vivían esclavizados por el temor de la muerte* (Hebr. 2, 14 s.). Los Padres de la Iglesia emplearon una imagen ingeniosa: la carne de Cristo obró al modo de un señuelo para atraer la voracidad de la muerte, del pecado y del diablo; al hincar sus fauces en ella mordieron el anzuelo de la oculta divinidad y fueron derrotados. Otra imagen, que pasó a la liturgia, asocia el Paraíso y el Calvario; según el plan de la sabiduría divina, el que venció en el árbol de la ciencia del bien y del mal fue vencido en el árbol de la cruz, que es el verdadero árbol de la vida. Dios halló un modo desconcertante de rescatar al hombre: se hizo hombre y asumió la muerte para que el hombre viva. Esto se dice fácilmente, pero es una verdad asombrosa, resonante, tremenda. San Ignacio de Antioquía escribió: *el príncipe de este mundo ha ignorado la virginidad de María, y su parto, lo mismo que la muerte del Señor, tres misterios clamorosos, que fueron cumplidos en el silencio de Dios* (Ef. 19, 1).

Dios estuvo muerto. Esta verdad cristiana, clave para comprender el sentido de la existencia humana, de su historia y su destino, fue deturpada, invertida, en el pensamiento moderno, y su deformación produjo enormes consecuencias en la cultura contemporánea. Fue un factor insidioso de descristianización y deshumanización. En *La gaya ciencia*, de Federico Nietzsche, el loco sale en una mañana luminosa y corre al mercado con una lámpara encendida buscando a Dios, para proclamar luego ¡Dios ha muerto! En el pensamiento de Nietzsche ese clamor es un grito de liberación y a la vez de espanto: ¿hacia dónde nos dirigimos ahora que hemos separado a la tierra de su sol? Marchamos errantes a través de una Nada infinita en la que ya no

hay puntos de referencia, donde no queda reparo alguno. El *Dios ha muerto* nietzscheano parecía prometer al hombre la liberación total, pero en realidad revela su desolación. El mismo Nietzsche llegó a escribir: *es una lástima que Dios no exista; por lo menos alguien me comprendería*. Sabía bien que era fácil destruir todo, pero muy difícil la reconstrucción; incluso –según algunos– él no desesperaba de recuperar la fe de su infancia. Lo que Nietzsche se esforzaba en descubrir, a través de diferentes formas de autodivinización, era un sustituto para el Dios muerto. Dionisos, Zaratustra, el Superhombre, constituyen otras tantas encarnaciones de lo que buscó poner en lugar del cadáver de Dios. Su locura final, porque acabó loco, está probablemente vinculada a su nihilismo activo, a su ateísmo; en ese sentido es paradigmática.

En la crítica nietzscheana del cristianismo, la figura del Superhombre es fundamental; representa el dios de una nueva humanidad. La confusión de este pensador sobre los valores cristianos se debe a su incapacidad de comprender el sentido del misterio pascual. Reducía la fe y la religión cristiana a una moral de la renuncia y la resignación, y consideraba eso repugnante en comparación con su opción por la exaltación de la vida y de la voluntad de poder. Si no creía en la resurrección de Cristo no podía entender el sentido de la cruz, el misterio de la muerte de Dios. Si me he detenido en mencionar esta deriva del pensamiento moderno es porque su influjo ha impregnado capilarmente la cultura y aflora en los conatos contemporáneos de apostasía.

Hoy nosotros nos inclinamos reverentes ante el misterio de la muerte de Dios; adoramos en silencio ese abrupto misterio. Lo hacemos desde la fe pascual: sabemos que Dios existe y nos comprende, que ha muerto en la persona del Hijo hecho hombre para liberarnos del pecado, la muerte y el infierno; que ha resucitado para darnos la Vida, la participación en su vida, la resurrección, la eternidad. San Ambrosio lo decía hermosamente: *Cristo asumió mi tristeza para prodigarme su alegría; siguiendo nuestros pasos descendió hasta la angustia de la muerte para que yo, siguiendo sus pasos, fuera llamado a la vida*. En la conmovedora liturgia de la Iglesia de Oriente se canta así: *Hoy vemos cumplirse un misterio tremendo y extraordinario... Es condenado al madero el Juez de vivos y muertos... Cristo Dios, nuestra Pascua fue inmolado por nosotros; purifiquémonos de toda mancha e invoquémoslo con corazón sincero: ¡Resucita, Señor, y sálvanos, oh Amigo de los hombres! Tu cruz, Señor, es vida y resurrección para tu pueblo; por eso, confiando en la cruz, te cantamos himnos a ti, el Dios nuestro Crucificado, ¡ten piedad de nosotros!*

El sentimiento que hoy corresponde aprontar en el corazón es la compunción, sentimiento en el cual se unen la conciencia viva de la miseria del hombre y de la misericordia de Dios. Es reconocimiento de los mil sufrimientos de la vida, de la tentación y del pecado, de nuestra necesidad de salvación, pero es también deseo que concreta nuestra vocación de felicidad, de amar y ser amados, nuestra aspiración hacia lo alto, hacia todo lo que es

grande, noble, bello; nuestra nostalgia del cielo. Compunción por todos aquellos en los cuales Dios está muerto porque lo han arrojado de su corazón; por los arrogantes que piensan: *No hay ningún Dios que me pida cuentas* (Sal. 9, 4); por las múltiples miserias materiales y espirituales de nuestro tiempo. Una gracia que podemos pedir como fruto de esta celebración: que el Señor nos conceda el puntazo interior de la compunción, y que esa llaga espiritual sea duradera. Se lo pedimos a María: *Sancta Mater, istud agas, Crucifixi fige plagas cordi meo valide*; haz esto, Madre santa, graba bien hondo en mi corazón las llagas del Crucificado.

+ HÉCTOR AGUER
Arzobispo de La Plata